

## ¿VINO VIEJO EN ODRÉS NUEVOS? CONTINUIDADES Y DISCONTINUIDADES EN LA HISTORIA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

---

Ludger Mees  
(UPV-EHU)

*«We are going to determine that those who produce the steaks, shall eat and enjoy them, and those who never produce steaks, shall have no steaks. How can we do that? By obtaining Universal Suffrage».*

(John Deegan, delegado cartista de Hyde, en un mítin público de mayo de 1839).<sup>1</sup>

*«Que tras esta noche oscura de la crisis de una civilización despuntara una humanidad más justa en una Tierra habitable, en vez de un inmenso rebaño de atontados en un ruidoso estercolero químico, farmacéutico y radioactivo».*

(El objetivo de una política ecologista y pacifista según Manuel Sacristán, 1987).<sup>2</sup>

### 1. Viejos y nuevos movimientos sociales en la historia<sup>3</sup>

Con esta sencilla y fácilmente comprensible metáfora, John Deegan, un representante destacado del Cartismo, el primer movimiento obrero político a nivel mundial, reclamó ante sus oyentes el sufragio universal como instrumento imprescindible para devolver los filetes a sus verdaderos dueños, es decir, a aquellos, que realmente los producían. Anticipaba así la esencia del programa no sólo del movimiento

---

<sup>1</sup> Cita en Tholfsen, T.R.: *Working-Class Radicalism in Mid-Victorian England*, London 1976, p. 52.

<sup>2</sup> Sacristán, M.: *Pacifismo, ecología y política alternativa*, Barcelona 1987, p. 39.

<sup>3</sup> Agradezco a mi compañero y amigo Benjamín Tejerina sus críticas y sugerencias a un primer borrador de este artículo.

obrero internacional de las décadas siguientes, sino de todos los movimientos sociales modernos: la consecución de reformas profundas (y/o transformaciones revolucionarias) con el fin de cambiar de raíz un determinado sistema socio-político en su totalidad, algún(os) sector(es) fundamental(es) del mismo, o, en su caso, evitar o anular dichos cambios.<sup>4</sup>

Ni el propio John Deegan, ni probablemente los historiadores de su tiempo, se habían imaginado que su mítin iba a encontrar cabida algún día en un importante libro de historia. Cuando Deegan apeló a los estómagos de sus seguidores para explicar la política del cartismo, la historia como ciencia estaba todavía en pañales, ya que llevaba pocos años en su proceso de emancipación como ciencia subalterna auxiliar de las otras *grandes ciencias*, como la filosofía, el derecho o la religión. Además, los historicistas decimonónicos, que a partir de 1810 ya contaban en la nueva Universidad de Berlín y su seminario histórico con un reputado modelo institucional académico para su trabajo —que servirá como ejemplo para la institucionalización de la historia también en otros países europeos—, no se preocupaban demasiado de las vivencias de las clases humildes. Los grandes e importantes temas en los que se centraba su interés docente e investigador, y a cuyo análisis les llevó su filosofía histórica, eran el desarrollo y la evolución del Estado, los quehaceres de sus gobiernos, las trayectorias vitales y políticas de los grandes personajes, así como las relaciones internacionales entre los Estados. El historicismo era historia política en cuyo marco no había sitio para John Deegan, el cartismo, los movimientos sociales, la historia de la sociedad.

Entre la aparición de John Deegan en el escenario de la historia y la publicación de las palabras de Manuel Sacristán con las que resume la finalidad de un proyecto político alternativo, que a partir de la década de los años 70 ha movilizad a amplios sectores de las sociedades occidentales ha transcurrido casi siglo y medio. En este espacio de tiempo la historia de los movimientos sociales (y la historiografía) ha evolucionado, superando las estrecheces y deficiencias del tradicional historicismo, abriéndose al análisis de las magnitudes sociales, económicas y culturales del proceso histórico y recuperando la memoria de los

<sup>4</sup> Para este aspecto de la definición del concepto de «movimiento social moderno» véase RASCHKE, J.: *Soziale Bewegungen. Ein historisch-systematischer Grundriß*, Frankfurt a.M. 1985, pp. 76-83. Una definición muy parecida ofrece RUCHT, D.: *Modernisierung und neue soziale Bewegungen. Deutschland, Frankreich und USA im Vergleich*, Frankfurt a.M. 1994, p. 76 s.

hasta entonces marginados y olvidados. Descubriendo *las caras en la multitud*,<sup>5</sup> los historiadores corregían también su tradicional ceguera con respecto a la acción colectiva de los movimientos sociales. La irrupción de nuevas formas de acción colectiva en la sociedad norteamericana a partir de la década de los años 60, sobre todo en forma del *Civil Rights Movement* y de las movilizaciones de protesta por la guerra de Vietnam, había provocado un verdadero *boom* de investigaciones y teorizaciones de los sorprendidos científicos sociales, un *boom* que tardó una década en cruzar el Atlántico y llegar al viejo continente europeo, cuyas sociedades asistían perplejas al espectacular auge de los movimientos pacifista, ecologista y feminista. En consecuencia, la investigación de los movimientos sociales ha dejado de ser una tarea académica absolutamente marginal, constituyendo hoy en día un objeto en el que confluyen los intereses de historiadores, sociólogos y politólogos, participando en el debate —quizás desde una posición más bien colateral— también antropólogos, economicistas y etnógrafos.

Uno de los más controvertidos aspectos temáticos de la voluminosa y extremadamente heterogénea investigación de los movimientos sociales concierne a la clasificación tipológica de los movimientos sociales. Entre las diferentes tipologías de los movimientos europeos posteriores a 1970 que se han elaborado desde las ciencias sociales figura en un lugar prominente la diferenciación entre *viejos* y *nuevos* movimientos sociales. Sus defensores trazan una clara línea divisoria entre ambos tipos y otorgan al feminismo, ecologismo y pacifismo un estatus teórico propio, como ejemplos emblemáticos de un tipo de movimiento social históricamente *nuevo* y sustancialmente diferente de los movimientos sociales catalogados como *viejos*, en función de unos parámetros supuestamente comunes a todos los movimientos de este tipo. Esta mutación de la acción colectiva se vincula generalmente a la profunda transformación de la sociedad moderna, que ha abandonado definitivamente su estado de desarrollo *industrial* para convertirse en sociedad *postindustrial* (*postfordista*, *postmoderna*). De la misma manera que el comienzo del proceso de modernización está en los orígenes de los movimientos sociales modernos, el salto cualitativo de este proceso a un tipo distinto de sociedad es considerado como caldo de cultivo que alimenta y finalmente alumbr a un nuevo tipo de acción colectiva. Ésta es la tesis en torno a la que giran las siguientes consideraciones organiza-

<sup>5</sup> RUDÉ, G.: «Caras en la multitud», en: Rudé, G.: *La multitud en la historia*, Buenos Aires 1971 (1964), pp. 201-219.

das en cuatro apartados. En primer lugar, se presentarán brevemente las condiciones históricas que acompañaron la transformación de los movimientos sociales *tradicionales* (*premodernos, preindustriales*) en movimientos *modernos*. La historia de la conceptualización de estos últimos por parte de los científicos sociales se esbozará en un segundo apartado. En tercer lugar, nos adentraremos en el debate sobre los *nuevos* movimientos sociales, cuyo grado de novedad será comprobado con el recurso comparativo a algunos casos de movimientos *viejos*. Finalmente expondremos algunas conclusiones derivadas de las reflexiones previas.

## 2. De la sociedad tradicional al Estado liberal capitalista: el marco contextual de los movimientos sociales modernos

Uno de los pocos consensos que parecen existir entre los investigadores de los movimientos sociales modernos se ha plasmado en la tesis que vincula el origen de estos movimientos al proceso de secularización de las sociedades occidentales. Este largo proceso tendría sus momentos claves en el Renacimiento, el triunfo de la reforma luterana y la Ilustración. En la sociedad tradicional, el mecanismo decisivo a través del cual se vehiculaba la integración social había sido la religión. Ella legitimaba la autoridad política, fijaba las premisas para la distribución de bienes materiales (*economía moral*), proporcionaba la interpretación del universo, dotando así de sentido a la vida de los individuos, y permitía la construcción de identidades por la vía de la confrontación con otras comunidades, fundamentalmente las de los infieles y herejes. Desde el momento en que comienza a cuestionarse el papel de la divinidad como eje central de la historia, deja de ser intocable por la acción del hombre. Con la posibilidad de discusión de la transcendentalidad y la fatalidad que en las sociedades tradicionales regían los destinos de fieles e infieles, se derrumbó uno de los pilares básicos del Antiguo Régimen porque se abría, por vez primera en la historia de la humanidad, un nuevo y desconocido horizonte para la acción colectiva. Sólo en sociedades modernas, en las que la política no se concibe como algo dado y radicalmente separado de la voluntad humana, si no como algo factible, moldeable y expuesto a la creatividad individual y colectiva, son posibles movimientos sociales que pretenden intervenir activamente en el proceso histórico y que aspiran de forma consciente a un orden social radicalmente distinto, a un «cambio de raíz». «Los movimientos de este tipo son concomitan-

tes de la secularización del pensamiento»<sup>6</sup>, o, con palabras de Reinhard Koselleck:

«Mientras que durante más de 2000 años una parte esencial de la cultura occidental consistía en contar historias, pero también investigar y escribirlas, sólo a partir más o menos de 1780 resulta ser imaginable hacer historia. Esta fórmula es el resultado de una experiencia, y más que experiencia, de una esperanza moderna: la de que el ser humano iba a ser cada vez más capaz de planificar y de ejecutar su historia».<sup>7</sup>

De esta manera, podemos introducir una primera variable para la concreción del concepto de movimiento social moderno distinguiéndolo del movimiento social premoderno o tradicional. La diferencia entre los movimientos sociales constituidos a partir de la «Doble Revolución» (E.J. Hobsbawm) —política y socioeconómica— europea por una parte, y los movimientos milenaristas o quiliastas de la Edad Media por otra, radica en el grado de racionalidad con el que cada movimiento determinaba sus objetivos y sus formas de actuar. En los movimientos premodernos podemos encontrar otra serie de factores que comparten con los movimientos modernos (creencias compartidas, continuidad...); sin embargo, carecen de la vinculación racional a su entorno, es decir, no han desarrollado —o al menos sólo consiguen hacerlo de forma muy rudimentaria— este nexo típico para movimientos sociales modernos entre las supuestas causas políticas, sociales o económicas de un problema y la elaboración de propuestas concretas para la solución del mismo. En consecuencia, tampoco se producían reflexiones de tipo estratégico en torno a la elección de medios para la realización de la propia ideología o utopía. Su nivel de movilización solía ser reducido, puesto que los movimientos milenaristas *no hacen la revolución*, sino que esperan a que ésta sea iniciada por parte de Dios, por un milagro u otro gesto divino.

A este mismo grupo de movimientos sociales parecen pertenecer también, por lo menos a primera vista, los múltiples motines de subsistencia o revueltas de hambre acontecidos en Europa durante los siglos XVIII e incluso la primera parte del XIX, magistralmente estudiados por G. Rudé y E.P.Thompson.<sup>8</sup> Rudé los ha calificado como «movimientos

<sup>6</sup> HEBERLE, R. / GUSFIELD, J.R.: «Movimientos Sociales», en: *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, tomo 7, Madrid 1975, pp. 263-274, citas p. 264.

<sup>7</sup> KOSELLECK, Rh.: *Vergangene Zukunft*, Frankfurt a. M. 1979, p. 262 (traducción L.M.).

<sup>8</sup> Rudé, G.: *La multitud; Revuelta popular y conciencia de clase*, Barcelona 1981. Thompson, E.P.: «The Moral Economy of the English Crowd in the 18th Century», en: *Past*

espontáneos con cierta inocencia política» que sólo iban adquiriendo un mayor cariz político en la medida en que se iban extendiendo las nuevas ideas de libertad, soberanía popular, los Derechos del Hombre, etc., en el transcurso de la Revolución Francesa. Sin embargo, ambos autores, y sobre todo Thompson con su tan discutida teoría de la economía moral, han rechazado claramente las clásicas tesis de Le Bon, Taine y otros que no quisieron ver detrás de estas revueltas más que *espasmódicas* actuaciones irracionales del *populacho*. No obstante, Thompson señaló la existencia de un hilo conductor en estas acciones espontáneas: la pervivencia de unos recuerdos, valores y convicciones colectivas respecto a la supuesta bondad de la economía tradicional del Antiguo Régimen, una economía dotada de ciertos mecanismos de regulación del mercado que permitían garantizar un nivel mínimo de protección para los pobres —y de los consumidores en general—, por la vía de la intervención de las autoridades (fijación de precios máximos; prohibición de la exportación de cereales, etc.) así como mediante la caridad de los ricos. Es en este contexto en el que Thompson interpreta las frecuentes reivindicaciones sobre la necesidad de garantizar un «precio justo» y las acciones contra todos los que en opinión de los sublevados atentaban contra estas tradiciones de justicia social. La acción colectiva adquiriría así el carácter de un movimiento de protesta contra el imparable avance del capitalismo y del mercado libre, que exponía a los cada vez más desamparados consumidores a las coyunturas del mercado, al libre juego de los precios, pero también al afán de lucro de los productores, comerciantes e intermediarios.

Desde esta perspectiva, los motines de hambre, lejos de ser espontáneas irrupciones pasionales, presentan claros elementos racionales, si los consideramos como últimos, desesperados intentos de restaurar los principios de la vieja *economía moral* en lucha contra las consecuencias amenazadoras de la nueva economía política del mercado libre. Sin embargo, recientes investigaciones<sup>9</sup> han criticado el enfoque thompsoniano y han puesto de relieve un panorama mucho más heterogéneo a la hora de identificar los motivos subyacentes en los motines de subsistencia. Estas aproximaciones rechazan la visión un tanto for-

and Present, 50, 1971, pp. 76-136 {versión castellana: *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona 1979, pp. 13-62}.

<sup>9</sup> Un balance de la discusión acerca de la «economía moral» con amplias referencias bibliográficas puede encontrarse en GAILUS, M. / LINDENBERGER, T.: «Zwanzig Jahre "Moralische Ökonomie". Ein sozialhistorisches Konzept ist volljährig geworden», en: *Geschichte und Gesellschaft*, 20, 1994, pp. 469-477.

zada de una «cultura plebeya» como fuerza aglutinadora de la supuesta conciencia común de la «multitud». Incluso han interpretado el hecho de que los motines en Inglaterra tuvieran lugar preferentemente en zonas urbanas, siendo sus protagonistas trabajadores industriales o protoindustriales, no como intentos de restaurar un orden idílico y perdido, sino como forma preindustrial de defender una lenta mejora de las condiciones de vida. En esta misma línea se encuentra la explicación que Rudé ofrece del ludismo como una especie de *negociación colectiva avant la lettre* de los trabajadores del siglo XVIII y comienzos del XIX, puesto que la destrucción de las máquinas era la única medida de presión al alcance de los obreros ante los patronos.<sup>10</sup> En todas estas críticas y nuevas interpretaciones de los motines de subsistencia se mantiene no obstante un argumento esencial adelantado ya por Rudé y Thompson: el rechazo de la vieja tesis del irracionalismo. La acción colectiva de los participantes en estas sublevaciones no se guiaba por el mero instinto irracional, sino por una estructura motivacional mucho más compleja en la que no están ausentes ingredientes de un rudimentario *rational choice* en el sentido olsoniano.<sup>11</sup> Por esta razón podemos considerar también a los motines de subsistencia más que un tipo de movimiento social *premoderno* como un tipo *protomoderno* de acción colectiva.

Tras esta incursión en la fase transitoria entre sociedad tradicional y sociedad moderna se ve claramente que los movimientos sociales *modernos* son fenómenos relativamente nuevos con alrededor de 200 años de historia. Son productos pero también sujetos de la modernidad, o, con palabras de Rucht:

«Los movimientos sociales son impensables sin la modernidad, como ésta es impensable sin aquellos».<sup>12</sup>

En mi opinión, si se quiere obtener información sobre la historia de los movimientos sociales modernos, parece imprescindible detenernos brevemente siquiera en el análisis de esta *modernidad* y del *proceso de modernización* que lleva a ella.<sup>13</sup>

El proceso de modernización de las sociedades occidentales ha sido largo y discontinuo, puesto que en él se solapan elementos procedentes

<sup>10</sup> RUDÉ, *Multitud*, pp. 85-98.

<sup>11</sup> OLSON, M.: *The Logic of Collective Action*, Cambridge Ma. 1965.

<sup>12</sup> RUCHT, pp. 77 s. (traducción L.M.).

<sup>13</sup> La bibliografía sobre esta temática es realmente abrumadora. Una buena orientación en esta jungla es la ofrecida por Raschke, pp. 84-104.

de la sociedad tradicional y elementos estructurantes de la sociedad moderna, que sólo en el transcurso del tiempo consiguen alcanzar su primacía. Los diferentes autores discrepan sobre los comienzos de este proceso, que se anuncia ya en las luchas entre corona e Iglesia en la Edad Media. Sin duda, la *Doble Revolución* supone una notable aceleración y profundización de este proceso a partir de finales del siglo XVIII. A modo de un tipo ideal weberiano, Dieter Rucht ha señalado dos dimensiones principales de este proceso.<sup>14</sup> A nivel de sociedad destaca la creciente *diferenciación funcional* del universo tradicional hasta entonces cohesionado e integrado por la religión. En consecuencia, van naciendo nuevos subsistemas en los ámbitos de la economía, la política, el derecho, las ciencias y la cultura, dotados cada uno de una autonomía tanto de la religión como de los otros subsistemas. A esta evolución corresponde a nivel del individuo lo que Rucht denomina *Ego-Centración*. En un mundo cambiante también la situación del individuo se va transformando. Así, la *adjudicación* del estatus por nacimiento o favores se transforma en *adquisición* de estatus gracias a logros personales gratificados por el sistema social. Asimismo da lugar a una flexibilización de los roles vinculados a los diferentes subsistemas o contextos vitales.

Reduciendo el nivel de abstracción y estableciendo un mayor nexo con los movimientos sociales, el proceso de modernización se nos presenta en tres vertientes: la modernización social, la cultural y la política.

La *modernización social* afecta a diferentes esferas de la sociedad. En la esfera de la *comunicación* cabe señalar la configuración de nuevos espacios de comunicación, dentro de los cuales se facilita el encuentro de personas y colectivos con frustraciones, convicciones y vivencias parecidas. Elementos de este proceso son la urbanización (en la mayoría de los casos el núcleo de los movimientos sociales modernos se encuentra en las grandes ciudades), pero también la expansión de los medios de comunicación. Todo ello permite la superación del aislamiento característico de la sociedad agraria, organizada en torno al grupo familiar, la aldea rural y la parroquia, fomentando la intensificación de los contactos entre individuos y colectividades, que ahora pueden entrar en un proceso de intercambio de opiniones e ideas, de discusión de frustraciones compartidas y de formulación de objetivos comunes, así como de formas adecuadas de actuación.

<sup>14</sup> RUCHT, pp. 33-70.

En la esfera de la *cualificación* se registra una paulatina extensión de la educación y la cultura más allá de las élites eclesiásticas, burocráticas y —más tarde— burguesas. Este proceso, cuyos orígenes se suelen medir mediante el indicador del nivel de alfabetización, es una importante precondition para el establecimiento de formas racionales de comunicación y mediación.

Finalmente se producen importantes innovaciones en el ámbito de la *organización* gracias a la creciente capacidad de articular de una manera autónoma las necesidades e intereses de capas cada vez más amplias de la población en los diferentes subsectores del sistema. Un buen indicador para medir el alcance de este proceso es la tendencia creciente a crear asociaciones de todo tipo, pero también la publicación de numerosos periódicos o revistas que a menudo figuran como portavoces o plataformas de determinadas organizaciones y/o intereses establecidos.

La principal consecuencia del proceso de *modernización cultural* es una lenta transformación del modo de actuar y pensar de la gente, que se podría sintetizar con el término de *racionalización*. Racionalización significa desde Max Weber en primer lugar la crítica de las tradicionales formas de poder y sus correspondientes sistemas de valores. Confrontados con la razón, en la sociedad occidental moderna los gobernantes tienen que aportar pruebas de la legitimidad de su poder ante los gobernados, si no quieren correr el riesgo de provocar la inestabilidad del sistema. Este proceso afecta asimismo a los valores, que se ubican cada vez más en el marco de la misma sociedad y no en esferas extra-sociales y transcendentales, tal y como sucede en el caso de los movimientos milenaristas. Los movimientos sociales modernos reflejan el intento de realizar valores e intereses ubicados en la sociedad mediante la acción sistemática. Racionalización, por último, significa instrumentalización de la razón. En este sentido se ha subrayado la racionalidad de la acción colectiva en las sociedades occidentales, ya que se caracteriza por un análisis racional de los medios y las posibles consecuencias de una acción orientada a la consecución de un determinado objetivo. El repertorio de formas de organización y acción de los movimientos sociales modernos es un reflejo de este hecho.

La vertiente quizás más debatida del proceso de modernización es la *modernización política*. El debate sufre todavía por el lastre de la teoría de la modernización norteamericana de los años 50/60 que más que teoría científica parece producto de un *brain trust* político para aconsejar al *State Department* en su política hacia los países en vías de desarrollo, sobre todo de América Latina. El presupuesto teórico que



inspiraba este enfoque radicaba en la tesis de que la modernización social iba a inducir también, de forma más o menos automática, la modernización política. En otras palabras: la solución de los desajustes sociales provocados por la modernización social hacía imprescindible la participación ciudadana en el proceso de decisión política para dotar así al sistema de la legitimidad y estabilidad necesarias para su correcto funcionamiento. En consecuencia, fomentando el crecimiento económico de los regímenes dictatoriales latinoamericanos a medio o largo plazo se fomentaba también su democratización, es decir, el establecimiento de la «*sociedad de participación*» («*participant society*»)<sup>15</sup>, cuyo modelo era la democracia parlamentaria liberal vigente en Occidente.

Numerosos científicos sociales han criticado la función ideológica de esta tesis, más que dudosa en términos históricos, ya que conocemos muchos casos de países autoritarios o dictatoriales que no obstante consiguieron altas tasas de crecimiento económico. Además: ¿En qué fundamento se basa la convicción de que el sistema político occidental es el único tipo de democracia válido en el mundo, y por tanto también exportable a sociedades con tradiciones políticas y culturales totalmente diferentes?<sup>16</sup>

En el contexto de la discusión sobre los condicionantes de los movimientos sociales parece existir, empero, una correlación entre el grado de libertad existente en un determinado sistema político y las posibilidades de desarrollo de la acción colectiva. Sólo en el contexto de un sistema que permita la institucionalización de la articulación y organización del descontento, es decir, en sistemas que respeten los derechos civiles en forma de las clásicas libertades de expresión, asociación, reunión y elección) se dan condiciones *óptimas* para el desarrollo de movimientos sociales. Si un movimiento social consigue articularse en el marco de un sistema socioeconómico moderno y políticamente atrasado por autoritario, se puede interpretar a este movimiento como un intento de establecer la sincronización entre modernización socioeconómica y política. Los mejores ejemplos podemos encontrarlos en movimientos como *Solidarnosz* y otros parecidos, actuantes en el proceso de derrumbamiento del sistema soviético.

<sup>15</sup> LERNER, D.: «Modernización (I. Aspectos Sociales)», p. 174, en: *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, tomo VII, Madrid 1975, pp. 169-176.

<sup>16</sup> Para el análisis y la crítica de la teoría de la modernización norteamericana desde el punto de vista de un historiador véase WEHLER, H.-U.: *Modernisierungstheorie und Geschichte*, Göttingen 1975.

Estas son, pues, las principales vertientes del proceso de modernización cuyo desarrollo ha tenido profundas consecuencias para la acción colectiva, ya que ha creado las condiciones para el nacimiento de los movimientos sociales modernos. Los historiadores y otros científicos sociales no tardaron mucho tiempo en reaccionar ante estas transformaciones de la acción colectiva.

### 3. La construcción de un concepto: de la historia del movimiento obrero a la historia de los movimientos sociales

Los primeros estudiosos de los movimientos sociales eligieron su objeto de análisis impresionados por los profundos cambios que observaban en el seno de la sociedad occidental, causados por el proceso de industrialización, la implantación y consolidación de la sociedad capitalista, la emergencia de nuevas clases sociales y su confrontación en nuevos tipos de conflictos desconocidos hasta entonces. Conforme iba avanzando este proceso de transformación y vencida, o por lo menos reducida, la resistencia de las fuerzas político-sociales defensoras del Antiguo Régimen, el espectacular desarrollo de la nueva clase obrera industrial atraía cada vez más el interés de la opinión pública. La cuestión social, los conflictos entre burguesía y proletariado, los éxitos organizativos de los obreros, así como la aparición de nuevas ideologías como elementos cohesionadores de las organizaciones obreras, eran temas obligados de la discusión pública en la Europa decimonónica, y era lógico que en este debate iban a participar también aquellos historiadores y científicos sociales no maniatados por el historicismo.

Fue sin duda la espectacular aparición de la clase obrera y de sus organizaciones en el escenario de la historia contemporánea la que condicionó decididamente la labor de los investigadores, de manera que la *historia de los movimientos sociales* nació como *historia del movimiento obrero*. Su partida de nacimiento data de 1850. En este año se publicó el primer libro cuyo título llevaba el término de *movimiento social*. Se trata de la obra titulada *La historia del movimiento social en Francia 1789-1850* presentada por el historiador alemán Lorenz von Stein.<sup>17</sup> Von Stein, que se había formado como jurista especializado en la historia del derecho, fijó en 1841 su residencia en París, donde pro-

<sup>17</sup> STEIN, L. von: *Geschichte der sozialen Bewegung in Frankreich von 1789 bis auf unsere Tage*, 3 tomos, Leipzig 1850.

fundizó durante año y medio sus estudios y tuvo ocasión de conocer de cerca los trabajos de Saint-Simon y Fourier, los únicos autores que menciona en su extensa obra. Probablemente, aunque no la cite, tuvo conocimiento también de la voluminosa edición de fuentes de la Gran Revolución, que J.B. Buchez había introducido con unas reflexiones que se pueden considerar como la primera interpretación científica de la Revolución en clave socialista.<sup>18</sup> En su obra no encontramos una precisión conceptual de lo que él entiende por *movimiento social* que en todo momento equipara al movimiento obrero socialista y comunista, si bien analiza las circunstancias de su génesis y el desencadenamiento de lo que en otro lugar denomina «*el movimiento de la sociedad, provocado por la separación externa e interna entre el proletariado y el capital*».<sup>19</sup> Von Stein, un liberal preocupado por el potencial conflictivo y hasta revolucionario que se acumulaba debido a la marginación política y social de la clase obrera, analiza la evolución del movimiento social en Francia desde la revolución de 1789 hasta la de 1848. Presta especial atención a las nuevas ideologías que veía extenderse entre la clase obrera francesa, pero no se conformaba con la confección de una mera historia intelectual.

El valor de la obra pionera de Von Stein estriba en el hecho de considerar al socialismo y al comunismo no simplemente como nuevas formas del pensamiento político, sino que detrás de la fachada ideológica reconocía unas claras implicaciones sociales. Para Von Stein, socialismo y comunismo eran expresión y cauce de los esfuerzos del proletariado industrial por implantar un nuevo orden social, que aboliría la explotación económica y daría a los trabajadores la oportunidad de conseguir un desarrollo completo de su personalidad. La conclusión a la que llega el historiador alemán revela el nexo entre su estudio historiográfico y su condición de ciudadano liberal preocupado por los posibles trastornos del nuevo orden social. Para evitar revoluciones como en Francia, así se puede resumir el mensaje que lanza Von Stein, urgen reformas sociales imprescindibles para la integración de los marginados y desamparados. Se esfuerza en demostrar que «*el propio interés de la sociedad exige esta reforma, para escapar gracias a ella a la de otro modo inevitable revolución social*».<sup>20</sup> La historia de los movimien-

tos sociales de von Stein y su historia de la sociedad no es, por tanto, una *ciencia de oposición*, sino de *estabilización*.<sup>21</sup>

Marx y Engels no llegaron en sus escritos a las mismas conclusiones, pero sí contribuyeron a reforzar esta línea de investigación de los movimientos sociales iniciada por Von Stein, ya que tampoco para ellos había duda de que el movimiento obrero era el único movimiento social importante, el único llamado a hacer historia por ser el sujeto del proceso revolucionario destinado a superar el capitalismo y dar comienzo a la nueva era del socialismo.

La fijación en el análisis de la clase obrera y de su movimiento era, por tanto, característica común de todos los investigadores y políticos vinculados a la primera fase de la historiografía de los movimientos sociales, que conoció un nuevo hito con la obra que Werner Sombart publicó sobre *Socialismo y Movimiento Social* en 1896.<sup>22</sup> Esta obra recoge ocho conferencias pronunciadas por Sombart ante los miembros del *Verein für Socialpolitik* (Asociación para la Política Social) de Zúrich cuyo enorme éxito catapultó a la fama a su autor.<sup>23</sup> Ya en 1920, el libro alcanzó su novena tirada, habiendo sido traducido a 21 idiomas. Sombart no perteneció al núcleo de la comunidad de los historiadores alemanes, porque era economista. El libro apareció en un momento crucial del movimiento obrero alemán e internacional. En 1894, un año antes de su muerte, Engels había publicado el tercer tomo del *Capital*. Poco después comenzó la ofensiva de los revisionistas dentro de la socialdemocracia alemana liderados por Eduard Bernstein. Sombart, fascinado por las teorías de Marx, presenta en su libro las principales ideas del que considera «*el más grande filósofo social del siglo XIX*» de una forma clara y precisa, considerándolas sin embargo no como un dogma, sino como un punto de partida para futuras reelaboraciones y adecuaciones al transcurso del tiempo. El autor, a la sazón catedrático en Breslau, no duda en afirmar que esta adecuación debería realizarse en un sentido evolucionista y revisionista.<sup>24</sup> Sombart es probablemente

<sup>21</sup> BLASIUS: p. 36.

<sup>22</sup> Sombart, W.: *Socialismus und soziale Bewegung*, Jena 1896.

<sup>23</sup> Hoy en día Sombart es más conocido por su enciclopédico análisis posterior de la historia del capitalismo. Cf. Sombart, W.: *Der moderne Kapitalismus*, 2 tomos, Leipzig 1902.

<sup>24</sup> Sin embargo, Sombart nunca fue miembro del partido socialdemócrata, manteniéndose fiel a un liberalismo burgués socialreformista, girando al final de su vida hacia un reaccionario conservadurismo no carente de ciertas sensibilidades sociales, lo que facilitó su instrumentalización por los nacionalsocialistas. Véase al respecto el artículo de VOM BROCKE, B.: «Werner Sombart», en: Wehler (ed.), *Deutsche Historiker*, tomo V, pp. 617-634.

<sup>18</sup> Para estos datos de la biografía de von Stein véase el artículo de BLASIUS, D.: «Lorenz von Stein (1815-1890)», en: Wehler, H.-U. (Ed.): *Deutsche Historiker*, tomo I, Göttingen 1971, pp. 25-38.

<sup>19</sup> Von Stein, tomo III, p. 113 (trad. L.M.).

<sup>20</sup> *Ibid.*, tomo I, p. CXXX.

el primer autor que no sólo emplea el término de movimiento social, sino que se esfuerza en explicar su contenido:

«Todos los esfuerzos “teóricos” de mostrar al proletariado el fin de sus ansias, de llamarle a la lucha y a organizar esta lucha, de mostrar el camino que lleva a este fin, todo ello en su conjunto forma lo que denominamos el socialismo moderno. Del mismo modo que todos los intentos “prácticos” de transformar aquellas ideas en acciones concretas forman lo que llamamos “el movimiento social moderno”. Por consiguiente, socialismo y movimiento social no son otra cosa que las dos caras de un mismo fenómeno que entre ellas se relacionan como idea y acción, como espíritu y cuerpo».<sup>25</sup>

Sombart es consciente de la existencia de otros movimientos, pero reserva el calificativo de *social* exclusivamente a aquellas «*iniciativas cuya declarada y única portadora es la clase del proletariado*», y dentro de estos movimientos a su vez sólo a aquellos «*tendientes a fomentar la conducción de la sociedad capitalista a la socialista*». En este sentido concede a las revoluciones liberales sólo el carácter de precursoras del movimiento social, ya que no tuvieron una «*configuración acorde con el espíritu del proletariado*».<sup>26</sup>

La historia de los movimientos sociales, entendida como historia del movimiento obrero, entró en el siglo xx dando sus mejores frutos en las islas británicas, donde con los trabajos sobre la clase obrera y el *labour movement* —una tradición investigadora que se remonta al comienzo del siglo xx, plasmándose en las obras de Sidney y Beatrice Webb, de G.D.H. Cole o de John y Barbara Hammond—, nació uno de los pilares de la historia social británica.<sup>27</sup> Hubo que esperar hasta los años posteriores a la II Guerra Mundial para que comenzara a perfilarse un cambio de perspectivas, como resultado de la experiencia histórica. La pujante evolución de los movimientos fascistas en muchos países europeos durante el período de entreguerras relegó a un segundo plano la investigación del movimiento obrero momentáneamente, ya que a partir de 1945 se impuso entre los miembros de la comunidad académica de historiadores y científicos sociales una interpretación más

<sup>25</sup> Sombart, *Sozialismus* (8. ed. de 1919), p. 15 s.

<sup>26</sup> *Ibid.*, pp. 17 y 195.

<sup>27</sup> Un buen resumen de la evolución de la historia social británica se ofrece en Rose, M.E.: «Gute oder schlechte Zeiten? Die Lage der Sozialgeschichte in Großbritannien», en: Kocka, J. (ed.): *Sozialgeschichte im internationalen Überblick. Ergebnisse und Tendenzen der Forschung*, Darmstadt 1989, pp. 187-206.

abierta y menos exclusivista del concepto de movimiento social, por que el fascismo también cumplía con los dos criterios que implícitamente se habían considerado como elementos definitorios de un movimiento social: una implantación masiva en la sociedad y la pretensión de introducir profundos cambios en el orden político y/o social. Otros movimientos de la postguerra como los movimientos anticolonialistas o los movimientos de campesinos y granjeros en Estados Unidos reforzaban este giro aperturista de la investigación de los movimientos sociales, un giro que a raíz de la gran oleada de movilizaciones que vivió la sociedad norteamericana en la década de los años 60 y el surgimiento de los *nuevos movimientos sociales* en Europa una década más tarde iba a ser definitivo.

Con esta ampliación del concepto de movimiento social comenzó la verdadera discusión sobre su contenido teórico. El objetivo de esta discusión debía ser encontrar un concepto analítico que permitiera superar la unilateralidad de la investigación sobre el movimiento obrero para englobar «*las formas diversas y multifacéticas de protesta social, hasta ahora descuidadas por la dificultad de encajarlas en un corsé de talla única*», tal y como Alvarez Junco y Pérez Ledesma han expuesto en un sugerente artículo publicado en 1982.<sup>28</sup> Este debate, iniciado en los años 60 e impulsado sobre todo por sociólogos norteamericanos, a los que más tarde se han sumado sociólogos, politólogos y —en menor medida— historiadores europeos, ha producido hasta ahora una gama de aportaciones variada, heterogénea y contradictoria.

Resulta enormemente complicado resumir en pocas palabras las principales conclusiones de esta fructífera discusión académica o —más difícil aún— buscar puntos de encuentro que todavía no existen en muchos aspectos. Es más, la propia heterogeneidad de la realidad histórica, en este caso de los movimientos sociales, acentuada por la reciente aparición de lo que muchos autores han definido como *nuevos movimientos sociales*, aconseja desistir de semejantes pretensiones. Una posible *tercera vía* entre la pérdida en las entrañas del desconcertante caos histórico y la alucinación por un compacto y fascinante, pero irreal por ahistórico modelo teórico, quizás pueda ir por el camino que ha propuesto Raschke y que recientemente —con alguna variación— ha presentado asimismo Riechmann.<sup>29</sup> Retomando las sugerencias de

<sup>28</sup> ÁLVAREZ JUNCO, J. / PÉREZ LEDESMA, M.: «Historia del movimiento obrero. ¿Una segunda ruptura?», en: *Revista de Occidente*, 12, abril 1982, pp. 19-41, cita p. 40.

<sup>29</sup> Raschke, pp. 76-83. RIECHMANN, J.: «Una nueva radicalidad emancipatoria: las luchas por la supervivencia y la emancipación en el ciclo de protesta “post-68”», en: Riechmann, J. / Fernández Buey, F.: *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*,



estos autores y en lugar de ofrecer una definición coherente y omnivalente para todos y cada uno de los movimientos sociales, discutiremos una lista de posibles criterios para esta definición, a sabiendas de que la importancia de cada uno de estos criterios puede variar según el caso estudiado.

Este procedimiento más bien ecléctico parece ser el único viable, ya que no existen otros instrumentos fiables para identificar y medir nuestro objeto de estudio. Cuando en las ciencias sociales se habla de un partido político o de un grupo de interés, los parámetros definitorios suelen estar bastante claros. Así, para encontrar información acerca de los partidos políticos contamos con las elecciones o los registros de asociaciones, donde deben figurar asimismo los demás grupos y organizaciones legalmente constituidos. Mucho más complicada y subjetiva, en cambio, es la identificación y el registro de los movimientos

---

Barcelona 1994, pp. 47-102. Este apartado del libro de Riechmann y Fernández Buey es probablemente la más completa y, por su sólido conocimiento de la bibliografía internacional, mejor informada introducción en la discusión teórica del concepto *movimiento social* en lengua castellana. Los restantes manuales entran generalmente de lleno en la descripción de los diferentes movimientos, sin apenas referirse a los aspectos teóricos y conceptuales de la temática. La obra de Cruells, todavía muy vinculada a la tradicional equiparación entre movimiento social y movimiento obrero se conforma con unas observaciones introductorias acerca de «La sociedad de la era industrial» y «Las ideas sociales». Cf. CRUELLES, M.: *Los movimientos sociales en la era industrial*, Barcelona<sup>2</sup> 1973 (1. ed.: 1967), pp. 16-73. Muy devaluada por su aproximación tradicional y sobre todo por su excesiva carga moralizante es la obra de Roger Rivière, J.: *Historia de los movimientos sociales*, Madrid 1971. Aquí nos encontramos continuamente con *revelaciones* de este tipo: «Con la revolución industrial del siglo XIX, se ha perdido el sentido de lo sagrado, de la religión, de la ley moral divina» (p. 32). Menos patético y abarcando un espectro más amplio de movimientos sociales es el trabajo de V. Alba, que sin embargo defiende sin grandes pretensiones teóricas la misma interpretación restrictiva del concepto: «Trataré en este texto de las ideologías y los movimientos que se refieren a la estructura de la sociedad y que tienen por objetivo modificarla. En la edad contemporánea, estos movimientos e ideologías giran en torno a lo que se llama el movimiento obrero». Cf. Alba, V.: *Las ideologías y los movimientos sociales*, Barcelona<sup>2</sup> 1977 (1. ed.: 1972), p. 16. Una crítica a esta concepción unilateral de los movimientos sociales, «absolutamente inaceptable cuando hablamos de un siglo, como el nuestro, caracterizado en este aspecto por una riqueza y diversidad que ha desbordado absolutamente el marco de las protestas y reivindicaciones decimonónicas», se encuentra en Núñez Florencio, R.: *Sociedad y política en el siglo XX. Viejos y nuevos movimientos sociales*, Madrid 1993, p. 16. El autor dedica 11 de un total de 303 páginas a reflexiones teóricas y conceptuales. Juan Manuel Guillem Mesado centra sus reflexiones teóricas en la diferenciación entre movimientos sociales industriales y preindustriales. Cf. Guillem Mesado, J.M.: *Los movimientos sociales en las sociedades campesinas y Los movimientos sociales en las sociedades industriales*, Madrid 1993 y 1994 (véase especialmente el capítulo 1: «Clasificación de los movimientos sociales», del primer tomo citado, pp. 7-26).

sociales, una labor reservada para historiadores y otros científicos sociales. La identificación conceptual de un movimiento social debe cumplir dos condiciones: la de ofrecer suficiente información aplicable a un gran número de movimientos históricos diferentes pero pertenecientes a la misma categoría terminológica, y segundo, permitir la diferenciación de otras posibles formas del comportamiento colectivo.

Los siguientes elementos definitorios podrían facilitar esta tarea, considerándose un movimiento social moderno un *actor colectivo movilizador* que pretende *fomentar, impedir o anular* determinadas consecuencias profundas del cambio social. La movilización debe realizarse con una *cierta continuidad*. El movimiento se caracteriza por un *alto nivel de integración simbólica*, una *escasa especificación de los roles* y por la adopción de *medios de acción y organización variables*. Definiendo al movimiento social como actor colectivo, se subraya por una parte el carácter supraindividual del movimiento y por otra, en contra de determinismos estructuralistas, su papel activo, ya que no es un mero reflejo pasivo de las tendencias de cambio social, sino un participante activo que interviene conscientemente en el transcurso de determinados procesos y acontecimientos históricos con el fin de adquirir mayores cotas de influencia. El singular de *actor* no debe entenderse como reflejo de una supuesta uniformidad del movimiento, puesto que es precisamente la heterogeneidad de tendencias, organizaciones y modos de actuar la que caracteriza a un movimiento social. Su éxito depende de su capacidad de permanecer en estado de movilización continua y compensar de esta manera su precaria base de poder, no asegurada por medios institucionales. Un movimiento social que abandona el factor movilizador pierde sus apoyos básicos y corre el peligro de extinguirse. La movilización debe alcanzar un cierto nivel de continuidad y diferenciarse de esta manera de otras formas de comportamiento colectivo conocidas en la sociología como episodios colectivos, es decir, expresiones más o menos espontáneas del comportamiento colectivo como bruscas erupciones de pánico, de agresividad y otras, estudiadas por Smelser.<sup>30</sup> Ahora bien, aunque parece existir consenso acerca de este punto de la definición de un movimiento social, su concreción, es decir, la delimitación del espacio de tiempo mínimo necesario para cumplir la exigencia teórica de actuar con *cierta continuidad*, se presenta mucho más complicada.

---

<sup>30</sup> SMELSER, N.; *Teoría del comportamiento colectivo*, FCE, México 1989 (orig. ingl.: 1963).

Un movimiento social se distingue además por un *alto nivel de integración simbólica*. Su constitución y éxito dependen de la existencia de un sistema de creencias compartidas como nexo cohesionador entre todos los integrantes del movimiento. Estas creencias compartidas fomentan la sensación de formar un grupo claramente diferenciado con respecto a otros grupos de valores contrarios. Este sentimiento de solidaridad interna suele manifestarse a nivel simbólico mediante parecidas formas de vestir, estilos de vida, lenguaje, banderas, himnos, etc.

El movimiento social no es equiparable a una organización. En su interior la *diferenciación y adjudicación de los roles* suele encontrarse en un nivel mucho menos elaborado y estructurado que en las organizaciones. Por consiguiente, el espectro de posibles formas de participación y actuación de sus integrantes es bastante más amplio que en una organización. Sin embargo, llegar al otro extremo y caracterizar a un movimiento social en base a la supuesta ausencia de *estructuras organizativas* en su seno sería un error. Un movimiento social no se puede definir por su recurso a un determinado tipo de organización, ni por el grado de importancia que otorga a la organización, ni por la no existencia de ésta. Es más, un movimiento social generalmente no existe sin estructuras organizativas, ya que son éstas las que pueden asegurar la continuidad, la coordinación y también la realización de determinadas iniciativas. Característico de un movimiento social es precisamente la dialéctica entre sus núcleos organizativos y sus partes más *fluidas*: la labor espontánea e irregular de los activistas. Ocupa, por tanto, un nivel intermedio entre organizaciones formales y protestas espontáneas. Son, con palabras de Rucht, *redes movilizadas de grupos y organizaciones*.<sup>31</sup>

Con la vinculación de sus objetivos al proceso de cambio social se propone considerar como rasgo característico de un movimiento social su fijación en el logro de cambios estructurales en el Estado o/y la sociedad. Estos cambios no tienen que ser cambios totales del sistema, pero sí cambios de diferentes elementos importantes del mismo. Tilly ha propuesto la diferenciación tipológica entre movimientos defensivos o *reactivos* (*reactive collective action*), que reaccionan frente a un empeoramiento de su situación objetiva o subjetiva, y movimientos ofensivos o *proactivos* (*proactive collective action*), es decir, movimientos que nacen en el contexto de una mejora de su situación, lo que lleva a la formulación de nuevas expecta-

<sup>31</sup> Rucht, p. 77.

tivas y reivindicaciones.<sup>32</sup> En movimientos con alto grado de continuidad histórica, con el tiempo se suele llegar a una sistematización de los objetivos, lo que generalmente se plasma en la elaboración de programas mínimos y la génesis de formas aún muy rudimentarias de ideologías. El carácter provisional, inacabado y abierto de su ideología es uno de los rasgos fundamentales de un movimiento social.

La ubicación histórica de los movimientos sociales en la edad contemporánea y su ligazón al proceso de cambio social nos permite además añadir una última tesis en este listado de criterios definitorios: Un movimiento *social* es también siempre un movimiento *político*. En la sociedad moderna, cambio social inducido no es realizable sin la participación del sistema político, que produce decisiones vinculantes para estimular, dirigir y legitimar el cambio social. En consecuencia, un movimiento social constituido para interferir en el proceso de cambio social, difícilmente logrará la realización de sus objetivos sin influenciar el sistema político. Por esta razón, algunos autores —en lugar de movimientos *sociales*— prefieren hablar de movimientos *sociopolíticos*.<sup>33</sup>

#### 4. Los nuevos movimientos sociales: el «nuevo paradigma» en el banco de pruebas de la historia

¿Cuál es el marco temporal de este tipo-ideal de movimiento social? ¿Qué relación existe entre las recientes transformaciones del capitalismo occidental y la acción colectiva? Estas son las preguntas de fondo en torno a las cuales gira el debate de los *nuevos* movimientos sociales (NMS). Los defensores y padrinos teóricos de este concepto (Inglehart, Melucci, Offe, Touraine...) sostienen que la particular transformación de la sociedad occidental a partir de la década de los años 70 (en EE.UU. incluso antes) ha producido un nuevo tipo de movimiento social, entendiéndose el adjetivo *nuevo* no en el sentido de contemporáneo o actual, sino como indicador de algo sustancialmente diferente en cuanto a su contenido. La terminología utilizada para describir la nueva fase de sociedad capitalista varía de caso en caso. Algunos hablan de la

<sup>32</sup> TILLY, CH. / TILLY, L. / TILLY, R.: *The Rebellious Century: 1830-1930*, Harvard U.P., Cambridge, Mass. 1975. Esta clasificación se completa con un tercer tipo, pero según los Tillys en la edad contemporánea casi desaparecido. Es el caso de la *competitive action*, que se da cuando un grupo define a otro como enemigo con el fin de atacar sus recursos.

<sup>33</sup> JENKINS, C.: «Sociopolitical Movements», en: Long, S.L. (ed.): *Handbook of Political Behaviour*, tomo 4, New York / London 1981, pp. 81-153.

sociedad postindustrial<sup>34</sup> o postmoderna, otros se refieren al mismo fenómeno describiéndolo como *Estado de Bienestar Social Capitalista*.<sup>35</sup> Otro concepto, más ligado al sector socioeconómico, es el de (post-)fordismo, concepto aplicado a un estadio de la evolución del capitalismo industrial caracterizado por la *taylorización* del trabajo, la concentración de la producción en la fabricación masiva de bienes de consumo, así como la enorme expansión del sector terciario, sobre todo en los ámbitos de la educación, sanidad y asistencia social. El papel del Estado crece en importancia, tanto en su función como garante del sistema de prestaciones sociales como en su rol de policía supremo responsable del control de los ciudadanos y la sanción de posibles infracciones.<sup>36</sup>

Independientemente de la confusión conceptual, aumentada aún más por la imprecisa y problemática localización de la fase transitoria a partir de la cual una sociedad deja de ser industrial para convertirse en postindustrial (postmoderna o (post)fordista), en los trabajos de todos los autores que manejan alguno de estos conceptos, se reiteran una serie de características de la ulterior fase de la sociedad moderna. Se observa, en primer lugar, un enorme aumento del nivel de cualificación del trabajo por el creciente *input* de conocimientos teóricos. El trabajo industrial se ve relegado a una posición secundaria por el crecimiento del sector de servicios, todo ello acompañado por un aumento del número de empleados y funcionarios. La democratización del sistema educativo se refleja en la expansión de la educación superior y universitaria entre las capas medias y bajas de la sociedad, hasta entonces con un acceso limitado a la universidad. A nivel sociocultural se registra la erosión de los tradicionales canales de socialización (familia, Iglesia, fábrica), la consiguiente individualización y atomización, así como la irrupción y consolidación de nuevos estilos de vida y nuevos valores (*postmaterialistas*). Las consecuencias de esta evolución para los movimientos sociales son la decadencia (por burocratización y desmovilización) del movimiento obrero y la génesis de nuevos movimientos sociales organizados a través de redes informales, descentralizadas y escasamente burocratizadas. Sus reivindicaciones no se plasman en elabo-

<sup>34</sup> TOURAINE, A.: *La sociedad postindustrial*, Ariel, Barcelona 1971; Bell, D.: *El advenimiento de la sociedad post-industrial*, Madrid 1976.

<sup>35</sup> Rucht, pp. 127-155.

<sup>36</sup> Esta definición del fordismo —hay otras— se basa en ROTH, R.: «Fordismus und neue soziale Bewegungen», en: Wasmuth, U. (Ed.): *Alternativen zur alten Politik? Neue soziale Bewegungen in der Diskussion*, Darmstadt 1989, pp. 13-37.

borados conceptos ideológicos centrados en cuestiones relacionadas con el reparto del poder político y la distribución de los recursos económicos. En su lugar aparecen reivindicaciones enraizadas en y motivadas por valores *postmaterialistas* (paz, ecología, libertad sexual, autorealización, derechos de la mujer, etc.) y derivadas de las protestas contra los nuevos riesgos de la modernización, contra la *colonialización del mundo de vida por el sistema* (J. Habermas). Claus Offe, uno de los *clásicos* de la teoría de los nuevos movimientos sociales, describe los cambios estructurales de la sociedad capitalista durante las últimas décadas con los términos de *ensanchamiento*, *profundización* e *irreversibilidad*.<sup>37</sup> *Ensanchamiento*, porque las consecuencias negativas de las formas establecidas de racionalidad económica y política ya no afectan sólo a un grupo o una clase social determinada como en la sociedad industrial, sino potencialmente a cualquier miembro de la sociedad; *profundización* debido al hecho de que el funcionamiento de los actuales sistemas sociales y tecnológicos necesita cada vez más de unas estructuras de planificación óptimas para evitar cualquier tipo de comportamiento imprevisible, irregular o *desviado* por parte de sus actores constitutivos. La consecuencia es el aumento y la profundización del control y de la vigilancia del individuo no sólo en su esfera laboral, sino también en su esfera privada; *irreversibilidad*, finalmente, por la «*incapacidad estructural de las instituciones políticas y económicas existentes para percibir y actuar eficazmente ante las privaciones, riesgos y amenazas globales que causan*». <sup>38</sup> Así, el mantenimiento del dogma del crecimiento económico cuantitativo pone en peligro la supervivencia ecológica del planeta entero.

El surgimiento de los nuevos movimientos sociales es un resultado de esta transformación de la sociedad capitalista. Ahora bien, incluso entre los defensores del concepto de los NMS no existe consenso alguno a la hora de precisar lo realmente *nuevo* de estos movimientos. Se han presentado tantas ofertas teóricas y descriptivas acerca de esta temática que no parece exagerada la valoración que hace Rucht, uno de los más cualificados abogados —si bien con muchos matices— de la tesis de la novedad, cuando en un sentido más amplio habla de la «*situación babilónica de las teorías de los nuevos movimientos socia-*

<sup>37</sup> OFFE, C.: *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid 1988; OFFE, C.: «New Social Movements: Challenging the Boundaries of Institutional Politics», *Social Research*, 52, 1985, pp. 817-868.

<sup>38</sup> OFFE, *Partidos*, p. 210.

les». <sup>39</sup> Pese a esta enorme heterogeneidad, sí se concibe un rasgo común en prácticamente todas las aportaciones sobre los NMS y cuyo origen se encuentra en la tardanza de la investigación de los movimientos sociales en abrir el diafragma analítico y conceptual, que durante demasiado tiempo había estado enfocado única y exclusivamente al movimiento obrero. Los teóricos de los NMS siguen en esta línea predibujada por Von Stein, Sombart, Marx y otros, elevando al movimiento obrero a la categoría de *viejo* movimiento social prototípico, lo cual no deja de ser —al menos— un reduccionismo ahistórico, un reduccionismo en el que también cae la tan divulgada interpretación del movimiento obrero como un movimiento cuya razón de ser constituía la lucha en favor de la realización de valores *materialistas*, ubicados en la esfera de la *distribución* de los recursos materiales. La mejor historiografía del movimiento obrero, por el contrario, siempre se ha esforzado en alejarse de una visión demasiado determinista y economicista de su objeto de estudio, manteniendo una perspectiva analítica dialéctica que permitía aunar en un mismo estudio los elementos *objetivos* y *subjetivos* que marcaban la condición obrera, la situación de clase y su —nunca automática— percepción a nivel de consciencia, la influencia de factores sociales y el impacto de tradiciones e identidades culturales en la clase y el movimiento obreros. Ultimamente, esta tendencia investigadora, que encuentra en la ya clásica obra de E.P. Thompson acerca del proceso de formación de la clase obrera británica una referencia de consulta obligatoria <sup>40</sup>, se ve reforzada por el *cultural turn* de la historiografía europea, cuyos impulsores tratan de corregir la —en su opinión— infravaloración de las magnitudes culturales del proceso histórico por parte de determinados sectores de la historiografía social empeñados en ver en los elementos culturales meros derivados de la situación de clase. <sup>41</sup> Exceptuando aquellos críticos que han caído en la tentación de un nuevo unilateralismo, ahora *culturalista*, la *ampliación*

<sup>39</sup> Rucht, p. 138.

<sup>40</sup> Thompson, E.P.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, 2 vols., Barcelona 1989 (orig.: 1963). Una buena valoración en castellano de la obra de Thompson así como de su importancia para la historia social europea la ofrecen los diferentes artículos con numerosas referencias bibliográficas publicados en el número monográfico que la revista *Historia Social* (18, 1994) publicó en honor del fallecido historiador británico.

<sup>41</sup> Una primera aproximación teórica acerca del culturalismo histórico se puede encontrar en Samuel, R.: *People's History and Socialist Theory*, London 1981; dos tomas de postura más recientes en DANIEL, U.: «"Kultur" und "Gesellschaft". Überlegungen zum Gegenstandsbereich der Sozialgeschichte», en: *Geschichte und Gesellschaft*, 19, 1993, pp. 69-99; Kaschuba, W.: «Kulturalismus: Kultur statt Gesellschaft?», en: *ibid.*, 21, 1995, pp. 80-95.

de la historia social <sup>42</sup> por estas nuevas perspectivas a menudo procedentes de la antropología, la etnografía e incluso la psicología, plasmadas en el análisis del lenguaje o del discurso, las cuestiones de género y generacionales, la construcción de sub- y/o contraculturas, la perduración y transformación de tradiciones confesionales y étnicas, así como su exteriorización mediante símbolos, ritos, costumbres y festejos, han permitido elaborar una imagen bastante más completa de muchos fenómenos históricos, entre ellos del movimiento obrero; una imagen, que en este último caso se aleja bastante de la unidimensionalidad economicista imperante en no pocas investigaciones del movimiento obrero. <sup>43</sup>

Si admitimos por lo tanto la desvinculación de los conceptos de movimiento obrero y movimiento social, y si no nos cerramos a las aportaciones y reflexiones de la historiografía social enriquecida por planteamientos e intereses culturales, algunas de las supuestas características sustancialmente nuevas de los NMS no parecen ser otra cosa que lo que refleja el refrán con el que titulamos este artículo: vino viejo en odres nuevos. Uno de estos distintivos característicos de los NMS que se encuentra de una u otra forma en prácticamente todos los tratados teóricos es la confrontación entre la base no-clasista o no-grupal de los NMS, formados por alianzas entre diferentes sectores sociales, preferentemente de las nuevas clases medias, frente a los viejos movimientos sociales, que actuaban en nombre de una determinada clase social cuyos intereses concretos defendían. <sup>44</sup> Para Claus Offe, el *nuevo*

<sup>42</sup> El valor de esta *ampliación* de la historia social es admitido incluso por algunos de los historiadores más críticos con las nuevas tendencias. Véase por ejemplo el artículo de J. KOCKA: «Perspektiven für die Sozialgeschichte der neunziger Jahre», en: Schulze, W. (ed.): *Sozialgeschichte, Alltagsgeschichte, Mikro-Historie*, Göttingen 1994, pp. 33-39.

<sup>43</sup> Un reciente estado de la cuestión se encuentra en el libro publicado por Pasture, P. / Verberckmoes, J. / De Witte, H. (eds.): *The Lost Perspective? Trade Unions Between Ideology and Social Action in the New Europe*, 2 tomos (sobre todo I: *Ideological Persistence in National Traditions*), Avebury 1996; para una orientación en el terreno de la nueva historiografía de la clase y del movimiento obrero en Europa anterior a la I Guerra Mundial se puede consultar también a Geary, D.: «Working-class identities in Europe, 1850-1914», en: Fulbrook, M. (ed.): *National Histories and European History*, London<sup>2</sup> 1994, pp. 204-215.

<sup>44</sup> «(...) una base de apoyo potencialmente amplia y poco definida. Contrariamente a lo que sucedía con los viejos movimientos que trataban de representar los intereses concretos de un grupo concreto, los nuevos movimientos sociales no se dirigen a grupos particulares procurando defender sus intereses. Por el contrario, extraen su apoyo de grupos socialmente difusos que se identifican con valores o problemas no sectorializables». Cf. RIVERA, J.M.: «Intereses, organización y acción colectiva», en: Benedicto, J. / Morán, M.L. (eds.): *Sociedad y política. Temas de sociología política*, Madrid 1995, pp. 269-298, cita p. 283.

*paradigma* de la acción colectiva no se sustenta en un conflicto de clases, ni enfrenta —como tradicionalmente ha sucedido a los principales agentes del modo de producción, y por consiguiente tampoco conduce a exigencias clasistas, sino a reivindicaciones universalistas—. <sup>45</sup>

La acción colectiva moderna desde sus comienzos hacia principios del siglo XIX, cuyo repertorio ha sido descrito por Charles Tilly con los calificativos de cosmopolita, autónomo y modular<sup>46</sup>, ha dado lugar a la configuración de importantes movimientos multigrupales e interclasistas, cuyo origen difícilmente se puede reducir a un simple conflicto entre dos clases. El mismo Tilly ha analizado el movimiento en favor de la emancipación de la población católica en Gran Bretaña. Un movimiento de características similares y además coetáneo al mencionado es el movimiento abolicionista de la esclavitud que se desarrolló más o menos entre 1787, año en el que se fundó la primera asociación abolicionista («Society for Effecting the Abolition of Slave Trade») hasta finales de la década de 1830. Se trataba de un movimiento que detrás de la bandera del humanismo, a menudo fundamentado en convicciones éticas religiosas, aglutinaba a amplios sectores e intereses reformistas de la sociedad británica que se servían de la lucha abolicionista como vehículo para su crítica al sistema de poder británico, controlado por la vieja oligarquía terrateniente. La común oposición al régimen que unía a las clases medias excluidas del proceso de decisión política, a los obreros y artesanos marginados por el proceso de modernización, así como a los miembros de todos los sectores de la sociedad que vivían en una situación de discriminación por razones confesionales constituyó la espina dorsal de este poderoso movimiento social, uno de los primeros de la contemporaneidad. Una vez demostrado su arraigo social, al final de su trayectoria el abolicionismo se convirtió en un tema importante incluso para la élite dominante:

«In Britain and France anti-slavery themes had a resonance within all social classes. The rulers could find anti-slavery gestures a convenient

<sup>45</sup> Offe, *Partidos*, p. 196.

<sup>46</sup> «Cosmopolitan because both the scope of action and the objects of claims commonly spanned multiple localities; autonomous because the organizers of such performances frequently scheduled and located them in advance at their own initiative rather than taking advantage of authorized assemblies or routine confluences of people; modular because people employed very similar performances across a wide range of issues, groups, localities, and objects of claims». Cf. TILLY, Ch.: *Popular Contention in Great Britain 1758-1834*, Cambridge Mass. 1995, p. 349.

way to stave off pressure for reform. The wider bourgeoisie and middle class could seek to impose itself on the oligarchy behind abolitionist rallying cries; and they might even hope to subdue the restiveness of the labouring classes through abolitionist lectures and sermons. And last but not least small producers, domestics, artisans and all types of wage or salary earner could see in anti-slavery measures a check on the powers of the wealthy». <sup>47</sup>

El movimiento abolicionista fue una de las primeras plataformas públicas de socialización política de la mujer, y su trabajo de concienciación a través de los típicos elementos del repertorio de acción colectiva de los movimientos sociales modernos (mítines, manifestaciones, recolección de firmas, peticiones al Parlamento, etc.)<sup>48</sup> preparó el camino al cartismo, en cuyo seno pervivieron no sólo la temática central (ahora: liberación del esclavo moderno, del obrero), sino incluso varios de los líderes abolicionistas.<sup>49</sup> La amplia red de asociaciones e iniciativas abolicionistas que cubría el país y que no dependía en sus movilizaciones directamente de ningún organismo central, no encaja en la imagen de un movimiento drásticamente jerarquizado y centralizado. De hecho, no fue hasta 1831, dos años antes del definitivo ocaso del movimiento, cuando con la refundación de la «Anti-Slavery Society» se creó un «Agency Committee» con el fin de organizar y coordinar el movimiento en el país. Sus cinco empleados fijos tenían delante la inmensa tarea de coordinar a más de 220 asociaciones locales que se habían contabilizado ya en 1823.

Finalmente, no parece difícil imaginar que la heterogeneidad de las bases sociales del abolicionismo y la confluencia en él de intereses a

<sup>47</sup> BLACKBURN, R.: *The Overthrow of Colonial Slavery 1776-1848*, London 1988, p. 536. Para el abolicionismo en Estados Unidos, Magdol llega a conclusiones similares: «The people who signed antislavery petitions made up a grand coalition of social groups for reform. The men and women in the antislavery campaign lived in all parts of the cities and in their nearby countrysides. They came from all walks of life. Their varied occupations, from “agent” to “wool grader”, were listed under at least 120 out of a possible 212 classifications used in this study». Cf. Magdol, E.: *The Antislavery Rank and File*, New York 1986, p. 61.

<sup>48</sup> DRESCHER, S.: *Capitalism and Slavery: British Mobilization in Comparative Perspective*, London 1986; Oldfield, J.R.: *Popular Politics and British Anti-Slavery. The Mobilisation of Public Opinion Against the Slave Trade, 1787-1807*, Manchester 1995.

<sup>49</sup> FLADELAND, B.: «“Our Cause being One and the Same”: Abolitionists and Chartism», en: WALVIN, J. (ed.): *Slavery and British Society 1776-1846*, London 1982, pp. 69-99; DU-BOIS, E.: «Women’s Rights and Abolition: The Nature of the Connection», en: PERRY, L. / FELLMAN, M. (eds.): *Antislavery Reconsidered. New Perspectives on the Abolitionists*, London 1979, pp. 238-251; GLASSMAN HERSH, B.: «Am I not a Woman and a Sister? Abolitionists Beginnings of Nineteenth-Century Feminism», en: *ibid.*, pp. 252-283.



veces muy dispares correspondía a su vez a un amplio abanico de valores representados y articulados, cuya caracterización como materialistas o derivados de la lucha acerca de la distribución de recursos materiales sería un simplismo difícilmente defendible.

Podríamos nombrar a otros movimientos sociales habitualmente no incluidos en la categoría de los NMS, que sin embargo presentan algunas de las características supuestamente típicas de estos últimos. Uno de los movimientos que cumple a la perfección con el criterio constituyente del *nuevo paradigma* relativo a su amorfa estructura social compuesta por grupos socioeconómicos no actuando como tales sino en nombre de colectividades atribuidas es el nacionalismo. Hace tiempo que el viejo reduccionismo marxista del nacionalismo como instrumento de lucha de la burguesía ha sido corregido incluso por investigadores cercanos a la tradición del pensamiento marxista.<sup>50</sup> Como pocas ideologías, el nacionalismo ha demostrado —y lo sigue haciendo— una enorme capacidad de penetrar en cualquier clase social, por lo que su vinculación a priori a un determinado estrato de la sociedad no resulta factible. Es más, para un autor como Sidney Tarrow, buen conocedor de los viejos y de los nuevos movimientos sociales, no han sido la situación de clase y los conflictos de distribución los determinantes más poderosos de la acción colectiva de los viejos movimientos sociales, sino el nacionalismo y la religión:

«(...) nationalism and ethnicity —based on real or “imagined” ties —or religion— based on common devotion —have been more reliable bases of movement organization than social class».<sup>51</sup>

No existe, por tanto, en palabras de Michael Keating, un «*vínculo determinante entre clase y territorio, sino una variedad de relaciones dependientes de circunstancias económicas y políticas*», así como —podríamos añadir— culturales.<sup>52</sup> El nacionalismo vasco es uno de

<sup>50</sup> Por sólo citar un ejemplo véase el libro del historiador checo HROCH, M.: *Social Preconditions of National Revival in Europe. A Comparative Analysis of the Social Composition of Patriotic Groups among the Smaller European Nations*, Cambridge 1985.

<sup>51</sup> TARROW, S.: *Power in Movement. Social Movements, Collective Action and Politics*, Cambridge 1994, p. 5.

<sup>52</sup> No existe un «determinate link between class and territory but a variety of relationships according to economic and political circumstances». Cf. Keating, M.: «Do the Workers Really Have No Country? Peripheral Nationalism and Socialism in the United Kingdom, France, Italy and Spain», en: Coakley, J. (ed.): *The Social Origins of Nationalist Movements. The Contemporary West European Experience*, London 1992, pp. 62-80, cita p. 78 s.

estos movimientos nacionalistas cuya historia refleja esta complicada relación entre situación social e identidad nacional. Su capacidad de aglutinar ya antes de 1936 en su seno a miembros pertenecientes a todos los sectores de la sociedad vasca —salvo los obreros inmigrados y, con alguna excepción, la alta burguesía industrial y financiera— para construir un potente movimiento social interclasista<sup>53</sup> en el que desde 1911 no falta su propio sindicato obrero<sup>54</sup>, es fruto de la fuerza de atracción de un discurso que apelaba a la solidaridad comunitaria basada en experiencias históricas compartidas, así como a un particularismo cultural sentido y extendido incluso más allá de la comunidad nacionalista. Para Tarrow, sin esta base de solidaridad e identidad la construcción de un movimiento social (nacionalista) resulta imposible<sup>55</sup>, lo que no quita importancia a la observación de Anderson o Hobsbawm sobre la gran dosis de artificialidad imaginaria inherente a los discursos nacionalistas.<sup>56</sup> En resumidas cuentas, el nacionalismo vasco —y buena parte de los nacionalismos— no ha sido ni es un movimiento estrictamente clasista y si tras la movilización de sus simpatizantes subyacen sin duda conflictos de clase (clases medias versus gran capital; clase obrera local versus burguesía *españolista*; clase media alta/burguesía nacionalista versus clase obrera socialista), su análisis no se agota con el recurso a estos argumentos, debiéndose contemplar también los ingredientes culturales en la motivación de los nacionalistas. No sólo clase, sino también identidad<sup>57</sup>,

<sup>53</sup> MEES, L. / DE PABLO, S.: «Historia social del nacionalismo vasco (1876-1937). Teoría y práctica de un movimiento social interclasista», en: Beramendi, J. / Máiz, R. / Núñez Seixas, Xosé M. (eds.): *Nationalism in Europe. Past and Present*, vol. II, Santiago de Compostela 1994, pp. 247-274; MEES, L.: *Entre nación y clase. El nacionalismo vasco y su base social en perspectiva comparativa*, Bilbao 1991.

<sup>54</sup> MEES, L.: *Nacionalismo vasco, movimiento obrero y cuestión social (1903-1923)*, Bilbao 1992; MEES, L.: «Social Solidarity and National Identity in the Basque Country: the Case of the Nationalist Trade Union ELA-STV» (artículo de un libro colectivo a publicar en London, 1997).

<sup>55</sup> «But leaders can only create a social movement when they tap more deep-rooted feelings of solidarity or identity». Cf. Tarrow, p. 5.

<sup>56</sup> ANDERSON, B.: *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, London<sup>2</sup> 1991; Hobsbawm, E.J.: *Nations and nationalism since 1780. Programme, myth, reality*, Cambridge 1990.

<sup>57</sup> Los nacionalistas reconocieron pronto la importancia de los factores edad y género para la movilización, lo que se plasmó en la creación de organizaciones nacionalistas juveniles y de mujeres. Cf. CAMINO, I. / GUEZALA, L.: *Juventud y nacionalismo vasco. Bilbao (1901-1937)*, Bilbao 1991; Ugalde, M.: *Mujeres y nacionalismo vasco. Génesis y desarrollo de Emakume Abertzale Batza. 1906-1936*, Bilbao 1993; BURSAIN, X. de (seudónimo): Emakume. La organización de la mujer en el nacionalismo vasco», en: *Estudios de Historia Social*, 2-3, 1977, pp. 445-596.

autonomía, emancipación, anti-centralismo, éstos son los conceptos claves en torno a los que gira la historia del nacionalismo vasco nacido en la última década del siglo XIX y apoyado tanto en un partido político y un sindicato obrero como en una amplia red de asociaciones e iniciativas formales e informales que en su conjunto conformaron la *comunidad* nacionalista; ¿o debemos decir: un nuevo movimiento social?

El caso de los movimientos fascistas como un tipo extremo y particularmente siniestro del nacionalismo es diferente, ya que la organización formal extremadamente jerarquizada es, por definición, un elemento esencial de todo movimiento fascista. Ahora bien, la investigación reciente ha matizado, completado o corregido también en este caso aquellos esquemas interpretativos tradicionales que han querido ver en el fascismo la expresión colectiva de un determinado estrato de la sociedad. Una de las teorías que más impacto ha tenido entre los miembros de la comunidad científica es la del sociólogo americano Seymour M. Lipset, que resumía el carácter del fascismo en la tantas veces citada fórmula del «extremismo de centro» de las clases medias<sup>58</sup>, una idea que ya había anticipado tres años antes de la llegada al poder de Hitler el sociólogo alemán Theodor Geiger en un artículo titulado «Pánico en las clases medias».<sup>59</sup> Los análisis acerca de la procedencia social de los miembros del partido *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei* (NSDAP) realizados durante los últimos años han constatado para la fase anterior a la *Machtergreifung* una cierta infrarrepresentación de los obreros, que corresponde a una sobrerrepresentación de las clases medias bajas y de la élite (clases medias altas y aristocracia).<sup>60</sup> No obstante, los datos ofrecen un panorama demasiado complejo como para seguir hablando del NSDAP como un partido de las clases medias, sin especificar qué estratos de éstas tuvieron más afinidad al nacionalsocialismo y sin explicar la notable presencia de miembros del partido provenientes de otros sectores de la sociedad alemana:

<sup>58</sup> LIPSET, S.M.: *El hombre político. Las bases sociales de la política*, Madrid 1987 (1960).

<sup>59</sup> GEIGER, Th.: «Panik im Mittelstand», en: *Die Arbeit*, 7, 1930, 643-652.

<sup>60</sup> KATER, M.H.: *The Nazi Party. A Social Profile of Members and Leaders, 1919-1945*, Cambridge, Mass. 1983.

«El NSDAP es entre todos los partidos de la República de Weimar el partido con el perfil interclasista más pronunciado. El dominio de las clases medias no es muy marcado.»<sup>61</sup>

Las recientes investigaciones sobre los votantes del partido nazi, basadas en sofisticados programas informáticos, han ahondado en esta crítica, revelando que no había ningún sector de la sociedad alemana absolutamente impermeable a la demagogia fascista.<sup>62</sup> Tal y como indican las cifras (Tabla 1), los votantes de las clases altas y medias pertenecientes a las dos primeras categorías alcanzan en torno al 40% de la masa electoral nacionalsocialista. Incluyendo aquellas personas vinculadas a estas clases de las categorías de los jubilados y de las amas de casa serían aún más. Sin embargo, los obreros representan a una minoría demasiado considerable como para seguir hablando del nacionalsocialismo exclusivamente en términos de clases medias radicalizadas. En relación con su presencia en la sociedad en general (32%), los obreros están ligeramente infrarrepresentados en el movimiento nazi, lo que coincide con los resultados obtenidos por Kater en sus pesquisas sobre la afiliación.

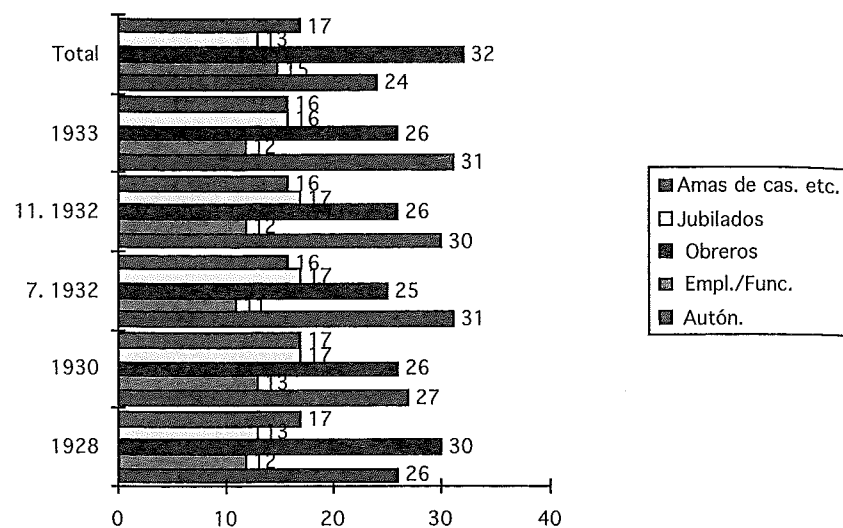
Tabla 1  
La estratificación social de los votantes del NSDAP entre 1928 y 1933  
(% de los votantes provenientes de las categorías sociales indicadas)

	1928	1930	7.1932	11.1932	1933	Total
Autónomos/Ayudan.	26	27	31	30	31	24
Emplead./Funcionar.	12	13	11	12	12	15
Obreros	30	26	25	26	26	32
«Sin profes.»: jubilad.	13	17	17	17	16	13
Amas de casa, hijos sin profesión	17	17	16	16	16	17
<i>Total</i>	98	100	100	100	101	101

Fuente: Falter (1991), 288.

<sup>61</sup> MANSTEIN, P.: *Die Mitglieder und Wähler der NSDAP 1919-1933. Untersuchungen zu ihrer schichtenmäßigen Zusammensetzung*, Frankfurt 1988, p. 199 («Die NSDAP erweist sich als die Partei der Weimarer Zeit mit dem stärksten schichtenübergreifenden Charakter, ihr Mittelstandsübergewicht ist nur schwach ausgeprägt»).

<sup>62</sup> CHILDERS, T.: *The Nazi Voter. The Social Foundation of Fascism in Germany, 1919-1933*, Chapel Hill / London 1983; FALTER, J.: *Hitlers Wähler*, München 1991; HAMILTON, R.F.: *Who Voted For Hitler?*, Princeton 1982.



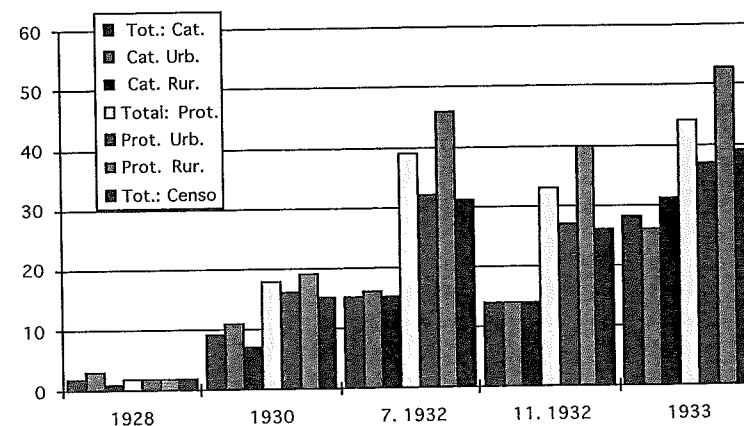
Detrás de estas cifras Falter descubre, sin embargo, el resultado de dos tendencias contradictorias que prácticamente se anulan: la mayor afinidad nacionalsocialista de los obreros agrícolas y la clara infrarrepresentación de los industriales. Si existió, por lo tanto, una barrera de clase que obstaculizaba la expansión del movimiento nazi, hay que añadir una barrera cultural, aún más sólida: todos los estudios electorales mencionados coinciden en considerar a la variable «confesión» el factor más significativo a la hora de decidir sobre el éxito o fracaso electoral de Hitler tanto a nivel regional como individual. En todas las elecciones a partir de 1928 se puede constatar una clara correlación estadística entre el porcentaje de electores protestantes y los triunfos de Hitler, tanto en distritos rurales como urbanos y a través de todas las capas sociales y generacionales de la sociedad (Tabla 2).

El partido nacionalsocialista, y ésta es la conclusión a la que independientemente llegan los diferentes estudios mencionados, no es simplemente un partido de las clases medias radicalizadas, sino un «catch all party of protest»<sup>63</sup> o un «partido popular de la protesta».<sup>64</sup> ¿Dónde está la diferencia con los nuevos movimientos sociales y su composi-

Tabla 2  
Los votos del NSDAP: las variables *confesión* y *urbanización*  
(en % del censo)

	1928	1930	7.11.1932	11.1932	1933
Total: Católicos	2	9	15	14	28
Cat. zonas urbanas	3	11	16	14	26
Cat. zonas rurales	1	7	15	14	31
Total: Protestantes/	2	18	39	33	44
Prot. zonas urbanas	2	16	32	27	37
Prot. zonas rurales	2	19	46	40	53
Total: Censo	2	15	31	26	39

Fuente: Falter (1991), 184. (La categoría de *protestantes* incluye asimismo al resto de las confesiones).



ción social heterogénea en torno a un núcleo de clases medias?<sup>65</sup> ¿Tiene algún valor hermenéutico mantener este criterio de diferenciación, si ni siquiera parece existir consenso empírico sobre las bases sociales de los NMS?<sup>66</sup> Ante estas dudas no resulta sorprendente que so-

<sup>65</sup> Es obvio que el criterio del predominio del sector de las clases medias empleado en los servicios sociales y culturales subrayado por muchos teóricos de los NMS no puede servir para la comparación al tratarse de un fenómeno relativamente nuevo.

<sup>66</sup> Roland Roth, por ejemplo, articula sus «dudas empíricas» y vaticina una estructura social de los NMS mucho más heterogénea de lo que sostiene la tesis de las clases medias. Cf. ROTH, pp. 13-37, citas pp. 15 y 33.

<sup>63</sup> Childers, p. 268.

<sup>64</sup> Falter, p. 364 («Volkspartei des Protests»).

ciólogos con una sólida formación historiográfica como Sidney Tarrow no sólo rechazan el criterio diferencial *base clasista/grupal versus base heterogénea/universal*, sino que llegan a sostener como rasgo característico de todos los movimientos sociales lo que los teóricos de los NMS consideran típico únicamente para éstos últimos:

«(...) when it came to forming broader social movements, class homogeneity was rare and what movements needed were networks of ties among different and interdependent social groups and localities (...). Class solidarity was a tool in mounting strikes, but it was much less important —and it could be even counterproductive— in the sustained interactions with authorities that successful movements required».<sup>67</sup>

##### 5. ¡Sólo unidos somos fuertes! Un alegato en pro de la interdisciplinariedad en la investigación de los movimientos sociales

Pese a su aquí obligada brevedad, creo que esta excursión a través de la historia de los movimientos sociales haya suscitado suficientes interrogantes como para cuestionar la, en mi opinión, artificial y ahistórica diferenciación tipológica entre *nuevo* y *viejo* movimiento social. Da la impresión que también en la sociología se está procediendo a una cierta revisión de los teoremas clásicos. Sólo hay que ver el manejo mucho más cauteloso y restrictivo del concepto NMS que dos cualificados defensores del mismo realizan en sus recientes aportaciones sobre la temática. Muy en la línea historizante de Raschke, tanto Riechmann como Rucht insisten en la temporalidad de los movimientos sociales y su estrecha relación con las diferentes fases del proceso de modernización de la sociedad occidental. El primero de los dos autores que en algunos momentos se acerca mucho a la interpretación de los movimientos sociales defendida en este artículo<sup>68</sup>, al final y después de

<sup>67</sup> Tarrow, pp. 59 s. Esta idea es uno de los ejes argumentales del libro de Tarrow y se podrían reproducir muchas más citas como la siguiente: «Though early analysts insisted on the importance of class in galvanizing these movements, it was through the interclass and translocal coalitions created through print and association that the first successful movements took shape» (pp. 191 s.).

<sup>68</sup> «(...) en cierto sentido los nuevos movimientos sociales no son más que los movimientos antiguos en situaciones nuevas. Con ello relativizamos la cuestión novedad/vejez de los movimientos sociales: en cierto sentido se trata de una cuestión de perspectiva, de dónde fijemos nuestra atención, de si nos interesa más destacar las continuidades o las rupturas en nuestra narración del decurso social». Cf. Riechmann / Fernández Buey, p. 69.

la discusión de los diferentes criterios de lo nuevo y lo viejo, reconoce una novedad de los NMS sólo desde dos puntos de vista: primero, porque se enfrentan no ya a los problemas asociados con el orden de dominación capitalista, sino a problemas vinculados a la esfera de la reproducción social (colonización del mundo de vida; frente a ello: estrategias de liberación en la vida cotidiana y revolución de las formas de vida); segundo, porque son consecuencia de un nivel de la crisis de la civilización cualitativamente nuevo, puesto que, debido al «catastrófico funcionamiento de las sociedades occidentales»<sup>69</sup>, éstas viven en el horizonte de su posible autodestrucción. El primero de los puntos, que al fin y al cabo se reduce al tópico de la oposición entre *valores materialistas/no-materialistas* o lucha por la *distribución/reproducción social*, ya se ha comentado más arriba. En cuanto al segundo argumento, comparto la tesis de la novedad que constituye el hecho de que «la conciencia de los límites civilizatorios constituye el denominador cultural común de los NMS».<sup>70</sup> Ahora bien, si se pretende ver en este nuevo nivel de concienciación el catalizador de la movilización de los NMS, estaríamos aceptando implícitamente la vieja tesis de la *privación relativa* según la que el movimiento social es una mera función del nivel de frustración y de la gravedad del problema. La falta de evidencia empírica no me permite una discusión más profunda de este punto. A la vista del renacimiento de las viejas luchas en torno a problemas de la distribución provocados por el desmantelamiento del Estado de Bienestar Social (Inglaterra, Francia, Alemania, España) se impone la pregunta sobre si la tesis de la *incipiente conciencia de especie* como producto de la *percepción del nuevo y aterrador horizonte de especie*<sup>71</sup> no ha sido algo prematura.

Dieter Rucht nombra cuatro elementos para definir lo nuevo de los NMS: la postura ambivalente con respecto al proceso de modernización, la estructura organizativa descentralizada, la estrategia reformista, así como la base social que ni se caracteriza por la marginalidad ni por una posición central en el sistema político-social. Sin embargo, Rucht no parece demasiado convencido de su tesis, ya que admite la existencia de antecedentes históricos para cada uno de estos elementos, constatando que nuevo es únicamente el «*síndrome completo de estas características*».<sup>72</sup> Además, en las conclusiones del libro restringe nota-

<sup>69</sup> *Ibid.*, p. 73.

<sup>70</sup> *Ibid.*, p. 72.

<sup>71</sup> *Ibid.*, p. 71.

<sup>72</sup> Rucht, pp. 154 s.

blemente el alcance comparativo del concepto de los NMS, declarando explícitamente que el movimiento referencial del calificativo de *nuevo* es el movimiento obrero, considerado como el movimiento social *clásico*.<sup>73</sup>

Concluyendo, la distinción entre nuevo y viejo en la historia de los movimientos sociales carece de valor analítico fundamentalmente por tres razones. En primer lugar, si comparamos los diferentes movimientos sociales de los últimos dos siglos debemos hacerlo centrándonos en el análisis de elementos realmente comparables. ¿De qué sirve la señalización del arraigo de los NMS entre los sectores profesionales de los servicios sociales cuando no existe equivalente de este estrato de la sociedad en el siglo XIX? Segundo, no se vislumbran argumentos sólidos para demostrar la supuesta quiebra cualitativa del tipo de movimiento social emergente durante la «doble revolución» occidental y consolidado a lo largo de las diferentes etapas del proceso de modernización. En tercer lugar, todos los movimientos sociales en su tiempo son nuevos y viejos a la vez. Reaccionan ante un nuevo contexto, pero aprenden también de la experiencia de los movimientos previos, adoptando muchos elementos de su repertorio coercitivo, de sus ideologías, de sus formas de organización. Esta idea del «*poder acumulativo*» como una de las características más notables de los movimientos sociales de los últimos 200 años desaconseja cualquier absolutización del adjetivo *nuevo*:

«If each social movement had to create anew its forms of collective action, its frames of meaning and its mobilizing structures, then the collective action problem would be insuperable and the world would be a much quieter place than it has become. If there is a central message in this book, it is that the power in movement is cumulative. Social theorists are forever discovering waves of “new” social movements; but the claim of “the new” fades when we contemplate the larger historical picture. For new movements not only repeat many of the themes of their predecessors, like identity, autonomy and injustice (...), but build on the practices and institutions of the past.»<sup>74</sup>

La única vía que se me antoja para llegar a comprender que las dos citas que encabezan este artículo no se encuentran tan alejadas la una

<sup>73</sup> *Ibid.*, p. 512 («Die Selbstbezeichnung wie auch die externe Etikettierung als neue soziale Bewegungen sollten zunächst lediglich eine Distanz zur Arbeiterbewegung als der “klassischen” sozialen Bewegung zum Ausdruck bringen»).

<sup>74</sup> TARROW: p. 191.

de la otra en cuanto a su contenido y su contexto, la única posibilidad, en definitiva, de llegar a una mejor comprensión de los movimientos sociales, pasa por una intensificación de la colaboración entre todos los científicos sociales interesados en la temática. La investigación de los movimientos sociales hasta ahora ha reproducido en la mayoría de los casos las viejas barreras que han separado a los historiadores poco dados a la abstracción y generalización por una parte, y los sociólogos no demasiado preocupados por la verificación historiográfica de sus tesis por otra. El análisis de los movimientos sociales debería convertirse mucho más en ese «*common and fruitful enterprise*» de sociólogos e historiadores que ya hace años reclamó Charles Tilly.<sup>75</sup> Podemos pensar que todavía existe mucho terreno por descubrir, ya que «*probablemente no se haya agotado aún lo que cada cual tiene que decir al otro*».<sup>76</sup>

<sup>75</sup> TILLY, Ch.: «Social Movements and National Politics», en: BRIGHT, Ch. / HARDING, S. (eds.): *Statemaking and Social Movements. Essays in History and Theory*, Ann Arbor 1984, pp. 297-317, cita p. 316.

<sup>76</sup> JULIÁ, S.: *Historia social / sociología histórica*, Madrid 1989, p. 84.